

Homilía de Alcalá de Henares

6 de noviembre de 2011 - domingo XXXII Ordinario A

Que la gracia y la paz del Señor Jesús estén con todos vosotros. Saludo con afecto y alegría a S.E. el Obispo Juan Antonio, a los sacerdotes, a todos los que participáis en esta santa liturgia y a toda la Iglesia de Alcalá de Henares.

En la primera lectura, el Señor nos invita a buscar la sabiduría, con confianza y perseverancia. “Radiante e inmarcesible es la Sabiduría; ... va por todas partes buscando a los que son dignos de ella; se les muestra benévola en los caminos y les sale al encuentro en todos sus pensamientos”. Buscar el bien verdadero, los valores verdaderos, que son el reflejo de Dios; buscarlos siempre y en cualquier parte, en todas las situaciones y actividades. Salir de la indiferencia, de la superficialidad, de la idolatría de la riqueza, del poder, del éxito, del placer, del sexo.

En el Evangelio, el Señor nos transmite un mensaje análogo, en la parábola de las cinco vírgenes prudentes y las cinco necias e imprevisoras. Nos recomienda que estemos siempre preparados para salir al encuentro del Novio, que antes o después, llega, aunque no sepamos cuándo: “ A medianoche se oyó un grito: ¡Ya está aquí el Novio! ¡Salid a su encuentro!”. Nos exhorta a esperarle con fe, con amor, con compromiso laborioso e inteligente: “Velad pues, porque no sabéis ni el día ni la hora”. Gracias a esta espera laboriosa somos capaces de ir con las lámparas encendidas a la casa del Novio, y de participar en el banquete nupcial, en la alegre comunión de amor del reino eterno de Dios.

En el libro del Apocalipsis está escrito: “Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero.... Estas son verdaderas palabras de Dios” (Ap 19,9). Por lo tanto, dichosos los que hemos sido invitados a la fiesta eterna del amor y de la vida. Dichosos, porque recibimos un anticipo de esta fiesta nupcial ya ahora en la Eucaristía.

En todas las celebraciones eucarísticas, a través del signo del pan y del vino que se dan para comer y beber, Jesús representa y hace visible el sacrificio de la cruz, realizado una vez para siempre, el don total de sí, el amor esponsal con el que ha muerto y resucitado por nosotros. Nos une a Él y nos une entre nosotros, a través del Espíritu Santo, en la medida en que le acogemos, compartiendo sus sentimientos y su voluntad, para que podamos ofrecernos al Padre y a los hermanos con un amor semejante al suyo. La Eucaristía es comunión, espiritual y visible; es alianza nupcial de Cristo esposo, con la Iglesia esposa. Por eso, la Misa, al menos la dominical, es necesaria para todas las comunidades eclesiales y para la vida de todo cristiano. Pretender, como hacen algunos, ser cristianos sin la Misa, es como pretender ser cristianos sin Cristo.

Especialmente, la Eucaristía, precisamente porque celebra las bodas de Cristo con la Iglesia, convierte en fecundo el sacramento del matrimonio en la vida de los cónyuges cristianos, alimenta su amor conyugal, mantiene unida y refuerza toda la familia.

Cristo nos ama primero y, comunicándonos el Espíritu Santo, hace posible nuestra respuesta, nuestro compromiso libre y responsable. La gracia sostiene nuestro camino, pero somos nosotros los que debemos caminar, teniendo encendida nuestra lámpara, como las vírgenes prudentes de la parábola. La lámpara está encendida, si cada día intentamos conocer y hacer la voluntad de Dios, hacer el bien verdadero, el nuestro y el del prójimo.

Juan Pablo II se refirió a la metáfora de la lámpara encendida cuando hablaba de la misión de la familia cristiana en el mundo actual: “¡Cada familia trae una luz, y cada familia es una luz. Es una luz, un faro, que debe iluminar el camino de la Iglesia y del mundo en el futuro”. [Discurso en el Encuentro Mundial de las Familias -

Roma, 8.10.1994, n.6]. Sin embargo, la lámpara tiene que ser alimentada continuamente con aceite. Es necesario construir, cada día, relaciones buenas con convicción, con tenacidad, con espíritu de sacrificio.

Los esposos tiene que comprender que son un don de Dios el uno para el otro, y están llamados a vivir el amor recíproco en todas las situaciones, felices y dolorosas. Deben mantenerse unidos al Señor Jesús, fuente del amor verdadero, participando en la Misa, rezando en familia, escuchando, meditando e intentando poner en práctica su palabra. Deben cultivar el diálogo cotidiano entre ellos, comunicando sus pensamientos, sentimientos, experiencias, proyectos, esperanzas. Deben comprometerse prontamente a servirse recíprocamente a través de acciones concretas, sabiendo que éstas encienden sentimientos positivos en aquéllos que las realizan y en aquéllos que las reciben. No deben llevar cuenta del cálculo del dar y el recibir, sino estar dispuestos a pedir perdón y a perdonar. Están llamados a aceptar al otro tal y como es, con sus cualidades y con sus defectos. Cada uno, por su parte, procure siempre ser amable, cuidando su aspecto exterior, cumpliendo gestos de ternura, de respeto y de generosidad. Deben respetar las preferencias y los puntos de vista del otro, sin estar continuamente criticando. Mirar al futuro con esperanza y abrirse a la procreación generosa y responsable de los hijos, fruto y signo concreto y permanente de su amor. De común acuerdo, dedicar tiempo y energías al cuidado y a la educación de los hijos, guiados por la luz de la sabiduría humana y cristiana. Deben tratar de construir relaciones de amistad, espiritualidad, colaboración y sociabilidad con otras familias. Prestar atención a la pobreza espiritual y material de los otros. Participar activamente, según sus posibilidades, en la vida concreta de la comunidad eclesial y de la sociedad civil.

Siguiendo estas indicaciones, la familia cristiana mantiene encendida la lámpara, de la que se habla en el Evangelio de hoy, y acoge la invitación a buscar la sabiduría, que se recoge en la primera lectura. Es necesario buscar la sabiduría con

confianza y convicción porque es “radiante e inmarcesible” y “la encuentran los que la buscan”. En la medida en que, animada por el Espíritu Santo, logra vivir la sabiduría del Evangelio, la familia cristiana se vuelve cada vez más signo del amor y de la presencia de Cristo, reflejo luminoso en el mundo de la unidad entre las Personas divinas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, profecía y anticipo de la bodas eternas, cuando Dios será “todo en todos” (*I Co 15,18*) y todos serán uno en el amor recíproco (cfr. *Jn. 17,21*). Viviendo una intensa y concreta espiritualidad, la familia cristiana es capaz de desarrollar y difundir auténticos valores humanos y cristianos; es capaz de evangelizar en casa, en el propio entorno, en la iglesia y en la sociedad.